

TERCERA PARTE.

MARIO

LIBRO PRIMERO.

PARÍS ESTUDIADO EN SU ATOMO.

I

Parvulus.

París tiene un hijo, y el bosque un pájaro; el pájaro se llama gorrión, el hijo pilluelo.

Asociad estas dos ideas, que contienen, la una todo el fuego, la otra toda la aurora; chocad estas chispas, París y la infancia, y resulta un pequeño sér. "Homuncio," como diría Plauto.

Este pequeño sér es siempre alegre. No todos los días come, pero va al teatro, si le place, todas las noches. No lleva camisa sobre sus carnes, ni zapatos en los pies, ni tiene tejado bajo qué guarecer su cabeza: es como los pájaros del aire, que nada de eso tienen. Cuenta de siete á trece años, vive en bandadas, trisca por el empedrado, se hospeda al aire libre, lleva un pantalón viejo de su padre que le pasa de los talones, un sombrero viejo de cualquier tío, que le entra hasta las orejas, y un solo tirante orillado de amarillo; corre, acecha, inquieta, pierde el tiempo, encalzona pipas, jura como un condenado, frecuenta la taberna, conoce á los ladrones, tutea á las mujerzuelas, habla el caló y canta canciones obscenas, sin que tenga su corazón nada de malo. Y es que tiene en su alma una perla, la inocencia; y las perlas no se disuelven en el fango. Mientras el hombre es niño, Dios quiere que sea inocente.

Si se preguntase á la enorme ciudad: ¿Quién es este muchacho? respondería: Es mi pequeñín.

II

Algunas de sus señas particulares.

El pilluelo de París es el enano de la gigantea.

No exageramos; este querubín de arroyo, tiene algunas veces camisa, pero en tal caso, no es más que una; tiene alguna vez zapatos, pero generalmente sin zue- las; tiene alguna vez casa, á la que profesa cariño, porque en ella encuentra á su madre, pero prefiere la calle, porque en ella encuentra la libertad. Tiene sus jue- gos propios, su malicia propia cuyo fondo es el odio á los burgueses. Tiene sus me- táforas especiales: al morir, le llama él: "comer dientes de león por la raíz;" sus ocupaciones son: proporcionar coches de alquiler, bajar el estribo de los carruajes, establecer paso de una acera á otra de la calle en los días de mucha lluvia, á lo cual llama hacer "puentes de las artes;" pregonar los discursos de la autoridad en favor del pueblo francés; escarbar los intersticios del empedrado; tiene su moneda propia, que se compone de todos los pedazos de cobre que encuentra en la calle. Esta curiosa moneda, que toma el nombre de "arambeles," tiene un curso invariable y muy bien arreglado entre aquella pequeña bohemia de chiquillos.

En fin, tiene también su fauna, que estudia cuidadosamente en los rincones: la bestia de Dios, el pulgón cabeza de muerto, la zancuda, el "diablo," insecto negro que amenaza, torciendo su cola, armado de dos cuernos. Tiene su mónstruo fabu- loso con escama en el vientre, y no es un lagarto, con pústulas en el lomo; y no es un sapo que habita en los agujeros de los hornos viejos de cal y de los pozos secos; negro, velludo, viscoso, rampante; tan pronto ligero, como pesado, que no grita, pe- ro mira; tan terrible, que nadie le ha visto jamás. Y á este mónstruo le llaman la "salamandra." Buscar salamandras entre las piedras, es un gran placer. Es otro placer extraordinario, levantar el empedrado y ver las cucarachas. Cada región de París es célebre por los descubrimientos interesantes que pueden hacerse. Hay tijeretas en los leñeros de las Ursulinas; en el Panteón, cien-pies; en los fosos del Campo de Marte, renacuajos.

En cuanto á los dichos, los tiene el chicuelo tan propios como Talleyrand; no cede á éste en cinismo, pero le gana en honradez. Está dotado de cierta jobialidad imprevista; desconcierta á los tenderos con su loco reír. Su diapasón recorre todos los tonos, desde el drama elevado hasta la farsa.

Pasa un entierro. Entre los que acompañan al muerto se ve un médico: ¡Calla! —grita el pilluelo.—¿Desde cuándo los médicos van en persona á entregar su obra?

Otras veces, en medio de la multitud, un hombre grave, adornado de anteojos y dijés, se vuelve indignado exclamando:

—Bribón, acabas de coger "el talle" á mi mujer.

—Yo, señor! Registradme.



III

Es divertido.

Por la noche, gracias á algunos sueldos que siempre encuentra medio de procu- rarse, el "honnucio" entra en un teatro. En cuanto atraviesa aquel umbral má- gico, se transfigura; el pilluelo se convierte en tití. Los teatros son una especie de navíos volcados, que tienen la cala en lo alto. En esta cala es donde se eleva el tití. El tití es al pilluelo lo que la mariposa á la oruga: es el mismo sér, pero vo- lando y cerniéndose. Basta que él esté allí con su irradiación de dicha, con su po- der de entusiasmo y alegría, con su batir de palmas parecido al batir de unas alas, para que aquella cala estrecha, fétida, oscura, sórdida, malsana, repugnante y abo- minable se llame Paraíso.

Dad á un ser lo inútil y quitadle lo necesario, y tendréis al pilluelo.

El pilluelo no carece de cierta intuición literaria. Su tendencia, lo decimos con todo el pesar conveniente, no sería el gusto clásico. Es por naturaleza poco académico. Así por ejemplo, la popularidad de la señorita Mars, entre aquel pe- queño público de chinos turbulentos, ibaazonada con sus puntos de ironía. El pilluelo la llamaba señorita "Muche".

Este sér alborota, apostrofa, se burla y lucha; va envuelto en trapos como un rorro, y en andrajos como un filósofo; pesca en los albañales, caza en las cloacas, saca alegría de la inmundicia, fustiga las enercujadas con su locuacidad, hus- mea y muerde, silva y canta, aclama y se desgañita, entona la Aleluya por Matan- turlurette, salmodia todos los ritmos, desde el "De profundis" hasta las Carnesto- léndas; encuentra sin buscar, sabe lo que ignora, es espartano hasta el fraude, loco hasta la sabiduría, lírico hasta la obscenidad; se acurrucaría en el Olimpo, se re- vuelca en el estiércol y sale cubierto de estrellas. El pilluelo de París es Rabelais en pequeño.

No está satisfecho de sus pantalones si no tienen bolsillo de reloj.

Se admira poco, se asusta aún menos, saca coplas á las supersticiones, des- hincha las exageraciones, desmiente los misterios, saca la lengua á los aparecidos, despoetiza lo encumbrado, mete la caricatura en las hinchazones épicas. Esto no quiere decir que sea prosaico, lejos de eso; pero reemplaza la visión solemne con la fantasmagoría de la farsa. Si se le presentase Adamastón, le diría el pilluelo: ¡Anda, espantajo!

IV

Puede ser útil.

París empieza en el papa-moscas y acaba en el pilluelo; dos seres que no pue- de tener ninguna otra ciudad: la aceptación pasiva que se satisface mirando, y la iniciativa inagotable: Proudhomme y Fouillon. París únicamente tiene esos ti- pos en su historia natural.

Toda la monarquía, se encierra en el papa-moscas; toda la anarquía en el pilluelo.

Este pálido hijo de los arrabales de París vive y se desarrolla, se anuda y "desnuda" en el sufrimiento, en presencia de las realidades sociales y de las cosas humanas, como testigo meditabundo. El mismo se cree indiferente, y no lo es. Observa dispuesto siempre á reír, pero dispuesto igualmente á otras cosas. Quien quiera que se llame Preocupación, Abuso, Ignominia, Opresión, Iniquidad, Despotismo, Injusticia, Fanatismo, Tiranía, guárdese del pilluelo bobalicón.

Este niño crecerá.

¿De qué barro está hecho? Del primer lodo que se ha encontrado. Un puñado de barro, un soplo, y surgió Adán. Basta que pase un Dios; y siempre pasó un Dios por el pilluelo. La fortuna trabaja este pequeño sér. Por "fortuna" entendemos nosotros la ventura. Este pigmeo, amasado con grosera tierra común, ignorante, sin letras, aturdido, vulgar y populachero, ¿será un genio ó un beocio?

Esperad; "currit rota", el espíritu de París, ese demonio que crea los hijos del azar y los hombres del destino, al revés del alfarero latino, hace del cántaro un ánfora.

V

Sus fronteras

El pilluelo ama el poblado y ama también la soledad, tiene mucho de sabio. "Urbis amator", como Fusco; "ruris amator", como Flaco.

Errar soñando, es decir, vagabundear, es un buen modo de emplear el tiempo para los filósofos, particularmente en esa especie de campiña bastarda, bastante fea pero extraña y compuesta de dos naturalezas, que rodea á ciertas grandse poblaciones y muy particularmente París. Observar los alrededores es observar un anfibio.

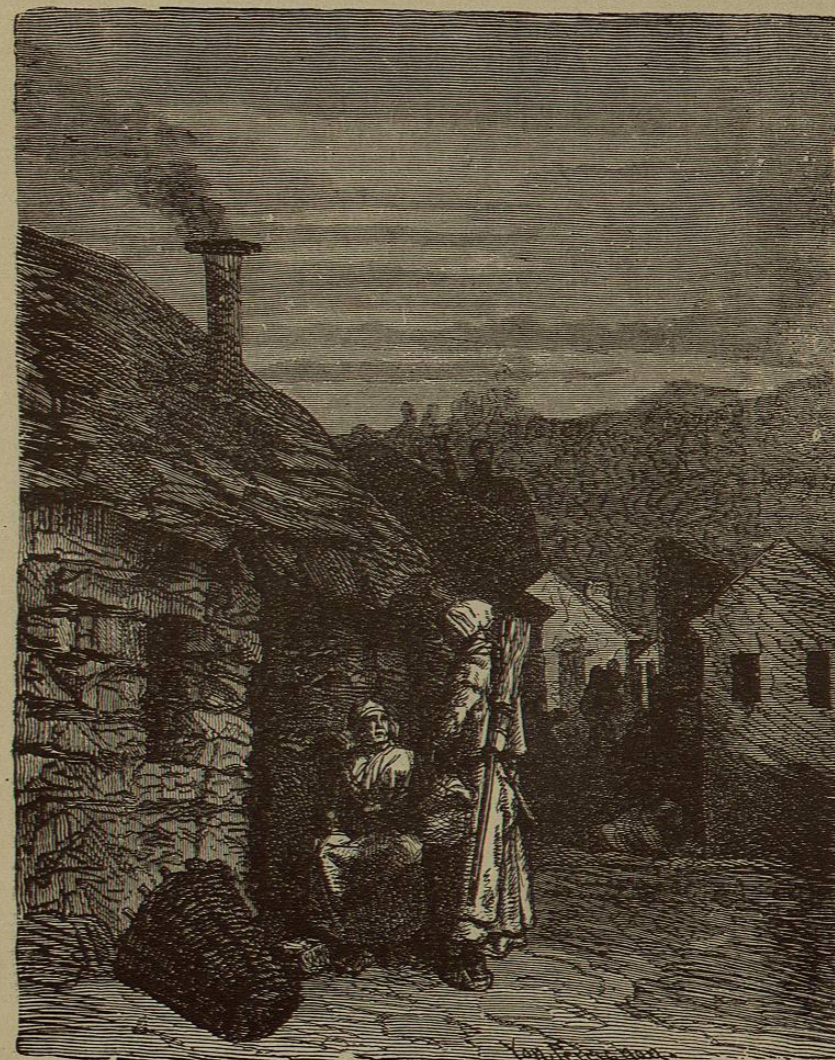
Acábanse los árboles y empiezan los tejados; acábase la yerba y empieza el empedrado; termina el surco y empiezan las tiendas; terminan los carriles y empiezan las pasiones; acaba el murmullo divino y empiezan los rumores humanos; y de todo ello junto nace un interés extraordinario.

De ahí los paseos, sin objeto al parecer, del soñador, por esos lugares poco atractivos y continuamente designados por el transeunte con el epíteto de "tristes".

El que esto escribe ha sido mucho tiempo rondador de las barreras de París, fuentes para él de profundos recuerdos. Aquel cesped cortado, aquellos senderos pedregosos, aquella creta, aquellas margas, aquellos yesos, aquella áspera monotonía de eriales y barbechos, los plantíos de frutas y hortalizas tempranas que se descubren de súbito en el fondo, aquella mescolanza de salvaje y urbano, aquellos vastos rincones desiertos, donde los tambores de la guarnición establecen su ruidosa escuela y tartamudean en cierto modo el tronar de las batallas, aquellas de día y madrigueras de noche; el molino destartado que gira con el viento, las ruedas de extracción de las canteras, los figones en las esquinas de los cementerios, el

encanto misterioso de las grandes y sombrías tapias, cortando á cuadros inmensos y vagos, terrenos inundados de sol y llenos de mariposas; todo eso le atraía.

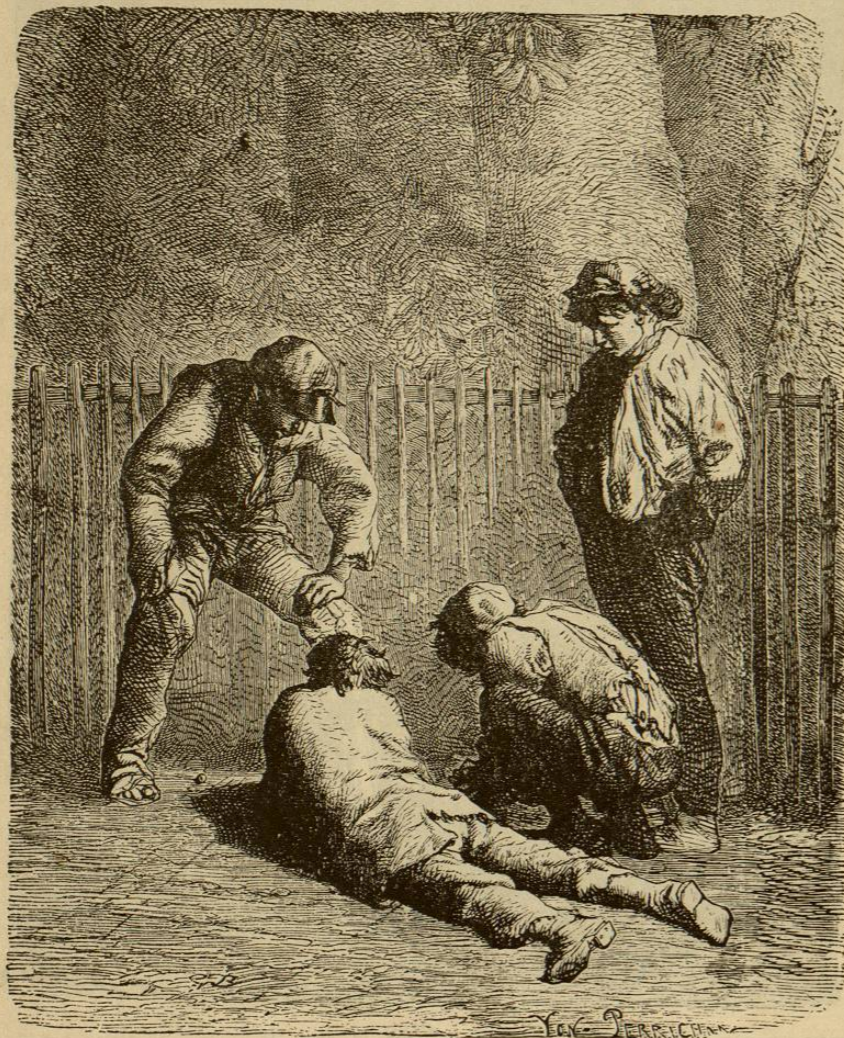
Casi no hay en la tierra quien conozca aquellos sitios singulares, la Glacière, la Cunette, el horroroso muro de Grenelle tigrado de balazos, el Mont Parnasse, la Fosse aux-Loups, los Aubiers en la pradera del Marne, Mont Souris, la Tombe Issoire, la Pierre Plate de Chatillón, donde hay una antigua cantera agotada, que



sirve únicamente para criar hongos, y cerrada á flor de tierra por una trampa de tablas podridas. La campiña de Roma es una idea, las afueras de París otra; no ver en lo que nos ofrece un horizonte más que campos, casas ó árboles, es quedarse en la superficie; en el aspecto de todas las cosas está el pensamiento de Dios. El lugar en que una llanura se junta á una ciudad, está siempre impregnado de cierta melancolía penetrante. Allí la naturaleza y la humanidad nos hablan á la vez. Las originalidades locales aparecen allí.

Quien haya errado como nosotros por aquellas soledades contiguas á nuestros

arrabales á las que pueden llamarse limbos de París, habrá descubierto aquí y allá en el punto más abandonado, en el momento más inesperado, detrás de un débil valladar ó en el ángulo de una lúgubre tapia, muchachos agrupados tumultuosamente, fétidos, llenos de polvo y lodo, haraposos, despeluznados, jugando al chito coronados de florecillas: son los niños escapados de las familias. El boulevard exterior es su centro respirable; los alrededores les pertenecen, y en ellos establecen su escuela silvestre; allí cantan ingenuamente su repertorio de canciones obscenas.



Allí están, ó por mejor decir, allí existen lejos de toda mirada, bajo la dulce luz de Mayo ó Junio, arrodillados alrededor de un agujero abierto en la tierra, jugando á las chinas, disputando por un ochavo; irresponsables, escapados, sueltos, felices; y apenas os distinguen, se acuerdan de que tienen una industria, y que les es preciso ganarse la vida, y os ofrecen en venta una media vieja de lana llena de saltones ó un manojo de lilas. El encuentro de estos chiquillos extraños, es una de las gracias thalagiéñas, al par que dolorosas de los alrededores de París.

A veces entre aquel montón de chicos se encuentran algunas chiquillas, sus hermanas tal vez, casi ya mozas, flacas, fibrosas, atezadas por el ambiente, pecadas de rojo, coronadas de espigas y amapolas, alegres, hurañas y descalzas. Véanse á veces cogiendo cerezas entre los trigos; de noche se las oye reír. Esos grupos, vivamente iluminados por la luz del medio día ó adivinados en el crepúsculo, ocupan mucho tiempo al pensador; mezclando estas visiones á sus racionios.

París, centro; los alrededores, circunferencia; he aquí para tales muchachos toda la tierra. Jamás se aventuran á ir más allá. No pueden salirse de la atmósfera parisién, como no pueden los peces salirse del agua. Para ellos, á dos leguas de las barreras no hay nada más; Ivry, Gentilly, Arcueil, Belleville, Aubervilliers, Menilmontant, Choisy-le Roi, Billancourt, Meudon, Issy, Vanvre, Sévres, Puteaux, Neuilly, Gennevilliers, Colombes, Romainville, Chatou, Asnières, Bougival, Nanterre, Enghien, Noissy le Sec, Nogent, Gournay, Drancy, Gonesse; son los puntos donde termina el mundo.

VI

Un poco de historia.

En la época, casi contemporánea, en que se desarrolla la acción de este libro, no había, como en la actualidad, un agente municipal en cada boca calle (beneficio que no es del caso discutir); los muchachos vagabundos abundaban bastante en París.

Las estadísticas arrojan un promedio de doscientas sesenta criaturas sin domicilio, recogidas entonces anualmente por las rondas de policía en los terrenos abiertos, las casas en construcción, y bajo los arcos de los puentes. Uno de estos nidos, de famosa recordación, produjo las golondrinas del puente de Arcole. Este es, por otra parte el más desastroso de los síntomas sociales. Todos los crímenes del hombre empiezan en la vagancia del muchacho.

Exceptuemos, sin embargo, á París. Hasta cierto punto relativo, y á pesar del recuerdo que acabamos de evocar, la excepción es justa. Mientras que en cualquier otra gran ciudad un muchacho vagabundo es un hombre perdido; mientras que casi en todas partes el niño entregado á sí mismo está consagrado y abandonado en cierto modo á una especie de inmersión fatal en los vicios públicos, la cual devora en él la conciencia y la honradez, el pilluelo de París, lo repetimos, tan descompuesto y corrompido en la superficie, se halla interiormente casi intacto. Grande y magnífica cualidad que debemos hacer constar aquí, y que brilla entre la espléndida probidad de nuestras revoluciones populares, es la especial incorruptibilidad resultante de la idea, que está en la atmósfera de París como la sal en el agua del Océano. Respirar el aire de París, conserva el alma.

Pero lo que decimos, no se opone en manera alguna al dolor que siente el corazón cada vez que nos encontramos con una de esas criaturas, en cuyo derredor parece que se ven flotar los hilos rotos de la familia. En la civilización actual, tan incompleta aún, no es muy anormal esa ruptura de la familia perdiéndose en la sombra, ignorando lo que se han hecho los hijos, y dejando caer los pedazos de sus

entrañas en la vía pública. De ahí los destinos oscuros, lo cual se llama, porque tiene su triste locución "ser tirado en medio del arroyo de París".

Sea dicho de paso: este abandono de criaturas no encontraba gran oposición en la antigua monarquía. Algo de Egipto y de Bohemia en las bajas regiones, era conveniente á las altas esferas y facilitaba el negocio de los poderosos. El odio á la enseñanza de los hijos del pueblo era un dogma. ¿De qué sirven "las medias luces?" Tal era la consigna. Que el niño vagabundo, es el corolario de niño ignorante.

Por otra parte, la monarquía tenía á veces necesidad de muchachos, y entonces espumaba las calles.

En tiempos de Luis XIV, sin ir más lejos, el rey quería, con razón, crear una escuadra. La idea era buena; pero veamos el medio. No hay escuadra posible, si al lado del buque de vela, juguete del viento, no va para remolcarlo, en caso necesario, el buque que puede ir donde se quiere, ya á fuerza de remos, ya de vapor; las galeras eran entonces en la marina lo que hoy los vapores; faltaban, pues, galeras, y como las galeras no se mueven sin galeotes, hacían falta, por lo tanto, galeotes. Colber hacía que por medio de los intendentes de provincia y los tribunales, hubiese de repuesto el mayor número posible de galeotes. La magistratura se prestaba á ello con la mayor complacencia. Conservaba cualquiera el sombrero puesto durante el paso de una procesión; actitud de hugonote; á galeras.

Se encontraba un muchacho en la calle; como tuviese quince años y no supiese donde acostarse, se le enviaba á galeras. Gran reinado; gran siglo.

En tiempos de Luis XV, los muchachos desaparecían de París; la policía los arrebatada, se ignora para que misterioso objeto. Cuchicheábase con horror, haciendo monstruosas conjeturas sobre las baños de púrpura del rey.

Barbier habla sencillamente de ello. Llegaba el caso que los exentos encargados de la leva de chicos cogían algunos que tenían padres. Estos, desesperados, perseguían y corrían á los exentos. Intervenia entonces el tribunal, y mandaba ahorcar, ¿á quién? ¿A los exentos? No, á los padres.

VII

El pilluelo tiene un lugar en las clasificaciones de la In'ia.

La "gaminería" parisién es casi una casta. Pudiera decirse: para serlo no basta quererlo.

La palabra francesa "gamin", que traducimos no muy propiamente en la de pilluelo, se imprimió por primera vez, y pasó del lenguaje popular al literario, en 1834. Apareció en un opúsculo titulado "Claudio Gueux". Fué grande el escándalo, y la palabra pasó.

Los elementos que constituyen la consideración de los pilluelos entre sí son muy variados. Hemos conocido y tratado á uno que era muy respetado y admirado, por haber visto caer un hombre desde lo alto de las torres de Nuestra Señora; otro por haber conseguido penetrar en el patio interior donde estaban interinamente depositadas las estatuas de la cúpula de los Inválidos, y haber "robado" un

poco de plomo; otro por haber visto volcar una diligencia; otro porque "conocía á un soldado que por poco le salta un ojo á un paisano.

Esto explica perfectamente la siguiente exclamación de un pilluelo parisiense, epifonema profundo de que se ríe el vulgo sin comprenderle: "Dios de Dios; ¡tendré yo desgracia! ¡Decir que todavía no he visto caerse á nadie de un quinto piso!"

También es notable esta otra frase de campesino: "Tío Fulano, vuestra mujer ha muerto de su enfermedad; ¿por qué no me mandásteis llamar al médico? Qué queréis, señor; nosotros los pobres "nos morimos solos". Pero si toda la posibilidad del lugareño se encierra en dicha frase, descúbrense indudablemente en la siguiente, la anarquía libre pensadora del pilluelo de los arrabales. Un condenado á muerte ya en la carreta, oye á su confesor. El hijo de París lo ve, y exclama: "¡Habla el clerizonte! ¡Qué hipócrita!"

Cierta audacia en materia religiosa, realza mucho al pilluelo; ser espíritu fuerte, es lo importante.

Asistir á las ejecuciones es para ellos un deber. Se enseñan unos á otros la guillotina y se ríen. Danle diversos nombres:—Fin de la sopa.—Gruñona.—La tía de lo azul (del cielo).—La última boqueada, etc., etc., Para no perder nada del espectáculo, escala las paredes, trepa á los balcones, sube á los árboles, se suspende en las rejas, se abraza á las chimeneas. El pilluelo nace pizarrero, como nace marino. Un tejado no le asusta más que un mástil. No hay fiesta que iguale á la de la Gréve (plaza de los ajusticiados). Sansón (el verdugo) y el padre Montes (capellán de la cárcel) son verdaderos nombres populares. Azuzan al paciente para darle valor. A veces le admiran. Lacenaire, siendo pilluelo, al ver morir con valor al terrible Dautun, dijo esta frase que encierra un porvenir: "Le tengo envidia".

En la pillería no se conoce á Voltaire, pero se conoce á Papavoine. Confúndese en la misma leyenda á los "políticos" y á los asesinos. Consérvase por tradición el recuerdo del último vestido de cada uno. Saben que Tollerón llevaba un gorro de chispero; Abril un casquete de nutria; Louvel un sombrero redondo; que el viejo Delaporte era calvo, é iba sin nada en la cabeza; que Castaing era sonrosado y muy guapo; que Bories llevaba una perilla romántica; que Juan Martín conservaba los tirantes y que Fecouffé y su madre iban riñendo.—"No os tiréis á la cara el cesto", les gritó un pilluelo. Otro por ver pasar á Debaker, y siendo demasiado pequeñito vió la farola del muelle y se encaramó en ella. Un gendarme, que estaba allí, frunció el entrecejo.

—Déjeme subir, señor gendarme,—dijo el pilluelo. Y para ablandar á la autoridad, añadió:—No me caeré.

—Y que me importa á mí que te caigas,—respondió el gendarme.

Entre la pillería, se tiene en mucho un accidente memorable. Se llega á la cúspide de la consideración, si sucede que uno se corta profundamente "hasta el hueso".

Los puños no son los peores elementos de respeto; una de las cosas que el pilluelo dice con más satisfacción es; "¡Yo soy más fuerte, vaya!" Ser zurdo es cosa envidiable, y muy considerada el ser vizco.